Siglas 189

Anexos

La hora de los pueblos 191

Por la recuperacion del trabajo y la justicia social 196

Declaracion politica del frente de organizaciones populares 199

Declaracion de la mesa coordinadora para un nuevo proyecto nacional 203

Diez puntos para la unidad de las fuerzas populares Frente patria para todos 206

Congreso Fundacional del Frente Patria para Todos 209

Sobre los autores 215

Introducción
El kirchnerismo como problema sociológico

GERMÁN J. PÉREZ Y ANA NATALUCCI

"Vamos las bandas" es una expresión de prosapia barrial y rockera. Connota la resistencia de los jóvenes en las periferias urbanas a las secuelas de exclusión y represión del modelo neoliberal implantado en Argentina durante los años noventa. Es, también, una de las denominaciones con las que se identifican las organizaciones sociales que, surgidas en aquellos años de padecimientos populares, se fueron incorporando de distintas maneras al proceso político iniciado en mayo de 2003. Sobre ellas trata este libro que lleva ese nombre. Nos preguntamos aquí por las relaciones entre las renovadas formas de movilización y organización social, templadas al calor de la lucha contra el neoliberalismo y las mutaciones de un régimen político de gobierno en proceso de recomposición luego de la que fue, acaso, su más profunda crisis de legitimidad.

Las elecciones presidenciales de mayo de 2003 no fueron una mera instancia estipulada de renovación de autoridades; por el contrario, se realizaron "en circunstancias anormales y con la expectativa de fijar un rumbo y dar alguna clase de respuesta al profundo cuestionamiento ciudadano de la representación política existente" (Cheresky, 2004: 21). El resultado de la primera vuelta dio por ganadora a la fórmula Menem-Romero con el 24,45% de los votos, y en segundo lugar a Kirchner-Scioli con el 22,24%. Como es sabido, esta fórmula fue parte central del entramado del entonces presidente provisional, Eduardo Duhalde, para evitar que el ex presidente Carlos Menem fuera reelecto. La deserción de este último

en el ballotage, ante la inminencia de una derrota abultada, signó el triunfo de Néstor Kirchner, cuya asunción como presidente es atribuible más a la defección del riojano que a su apoyo electoral.

Desde la perspectiva del proceso político, la coyuntura eleccionaria de 2003 debe interpretarse como una suerte de empate catastrófico (hegemónico) entre fuerzas políticas y sociales mutuamente neutralizadas en su capacidad de imponer las condiciones de salida de la crisis. Por un lado, un movimiento social multifacético y disruptivo, renovador en sus repertorios de acción y formas de organización, que contaba con una gran capacidad de veto a través de la acción directa, aunque sin posibilidades ni recursos para organizar una oferta electoral capaz de enfrentar la crisis institucional que contribuyó a desatar. Por otro lado, un sistema político institucional dañado en su legitimidad, sin horizontes programáticos claros, con una profunda fragmentación de sus elites, pero con una estructura política residual como el PJ bonaerense que, en términos territoriales y corporativos, ofrecía la posibilidad de recomponer levemente la autoridad presidencial y el funcionamiento estatal. En esta dislocación surgió el kirchnerimo.

La propuesta es entonces pensarlo en el horizonte de esa incertidumbre fundamental. Nuestra hipótesis es que el kirchnerismo resulta un proceso político de hibridación de tradiciones en función de la construcción de una legitimidad amenazada desde su debilidad de origen. Tanto en términos electorales, por la mencionada defección de Carlos Menem en el ballotage; políticos, por la fragmentación de las élites justicialistas que no lograban consensuar un candidato sustentable; y corporativos, por la crisis terminal del modelo de acumulación de capitalización financiera, el nuevo gobierno vio la luz en un contexto de debilidad generalizada de los principales actores políticos y económicos. De tal suerte, el kirchnerismo constituye un experimento político de autocreación desde el gobierno, liderado por una élite periférica (desde el punto de vista territorial y funcional) que asume una creciente temeridad jacobina en la medida en que advierte la extrema fragilidad y opacidad del contexto en el que opera. En otros términos, hay una performatividad política del kirchnerismo que proviene, curiosamente, de la conciencia de su fragilidad constitutiva.

En su primer discurso ante la Asamblea Legislativa, Kirchner fijó la programática de su gobierno. En un marco de recuperación de la normalidad institucional, se expresó a favor de reconstituir

el proyecto nacional, subordinar la economía a la política y fortalecer los vínculos con otros países latinoamericanos en una alianza estratégica regional. Asimismo, se pronunció a favor del desmantelamiento de la impunidad que benefició a los responsables de los delitos de lesa humanidad cometidos entre 1976 y 1983, y la renovación de los miembros de la cuestionada Corte Suprema de Justicia. También reivindicó la militancia setentista en demérito de la «teoría de los dos demonios», hegemónica desde los ochenta, que igualaba los crímenes del terrorismo de estado con las acciones de las organizaciones político-militares. Por último, ubicó al estado como la esfera central en el proceso de reconstrucción del proyecto nacional. En definitiva, en cada una de esas premisas introducía ejes al debate público que contribuyeron a generar la imagen de un gobierno dinámico y con capacidad de interpelar y representar a los postergados sectores populares desde una renovada tradición movimentista que, oportunamente, había significado la gramática de integración de las clases subalternas a la disputa política nacional a través de la experiencia peronista posterior a 1945.

Respecto de la movilización social, la estrategia kirchnerista combinó la decisión de no reprimir la protesta, en un marco de extrema tensión, consecuencia de los asesinatos de los militantes Maximiliano Kosteki y Darío Santillán por las fuerzas de seguridad en el Puente Pueyrredón en junio de 2002, con un discurso que se asentaba sobre la convocatoria a la normalidad por la vía de la recuperación del mercado de trabajo y las negociaciones colectivas. En esta lógica, las organizaciones piqueteras eran concebidas como un corolario de la fragmentación social, emergente en los noventa y que la crisis de 2001 remató dramáticamente. Lejos de desconocerlas, en un contexto de recuperación de la institucionalidad política y económica, el nuevo gobierno las convocaba a incorporarse al proyecto de recuperación nacional como actores socioterritoriales relevantes.

En un trabajo anterior (Pérez y Natalucci, 2010) revisamos el debate de las *organizaciones populares* y su interpretación sobre el proceso abierto con el kirchnerismo. Si bien los vínculos entre el entorno kirchnerista y los dirigentes piqueteros habían comenzado a entablarse antes de la asunción presidencial, a partir de ese 25 de mayo se produjo un quiebre significativo para la dinámica del espacio multiorganizacional en la forma en que estaba estructurado hasta entonces. Muchas organizaciones de tradición nacional y popular leyeron las declaraciones y los primeros gestos del presidente en

la clave de las tres banderas históricas del peronismo: soberanía política, independencia económica y justicia social. En definitiva, interpretaron, se abría un proceso de reconstitución política extraordinario en un doble sentido: por un lado, recuperaba al estado como eje de un proceso de transformaciones profundas, por el otro, los interpelaba como militantes, figura vapuleada y reprimida en años anteriores, pero reivindicada como ethos de la participación política por tales organizaciones. En este primer acuerdo general coincidieron las organizaciones nucleadas en el espacio Patria o Muerte (MTD Evita, 4P, Malón, MTD Resistir y Vencer, Movimiento Patriótico 20 de Diciembre), la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) –perteneciente a la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA)– y Barrios de Pie- Patria Libre.

Estas expresiones del presidente fueron acompañadas por acciones concretas. La primera consistió en la convocatoria a reuniones con las organizaciones de todo el espectro ideológico: desde las movimentistas anteriormente mencionadas hasta las trotskistas, organismos de derechos humanos y coaliciones sindicales, entre otros actores políticos y sociales. En las reuniones, que tuvieron lugar en junio de 2003, el presidente les propuso integrarse a la coalición de gobierno convocándolas a participar de la refundación del proyecto nacional. Como prueba de la sinceridad de la invitación, el presidente se comprometía a revisar la gestión y distribución de la política social, así como a desmontar la sostenida represión aplicada durante el gobierno de Duhalde. Por cuestiones ideológicas, no todas las organizaciones aceptaron el convite. Las que sí lo hicieron iniciaron un proceso de debate interno respecto de su estrategia de intervención pública y modalidades organizativas (Pérez y Natalucci, 2010, Natalucci, 2008). A propósito de esas diferencias se fracturó el espacio piquetero dando lugar a la formación de diversos frentes de organizaciones kirchneristas. En este nucleamiento la identidad piquetera fue cediendo espacio a la recuperación de una tradición popular que indicaba el cierre del ciclo de resistencia a las reformas de mercado y aspiraba a la articulación de la organización territorial con la intervención político-institucional. A nivel organizativo, entre 2003 y 2004 se conformaron varios frentes (Frente de Organizaciones Populares, Frente Patria para Todos) que reorientaron las relaciones entre las organizaciones y reposicionaron a sus dirigentes respecto del gobierno.

En el curso de estas transformaciones se constituyó un espacio militante, autorreconocido como kirchnerista, en el que las huellas

de la experiencia piquetera (corte de ruta, dinámica asamblearia, territorialización del conflicto, discurso de derechos) se combinaron con una redefinición de la relación con el régimen político cifrada en la recreación de una gramática movimentista, fuertemente enraizada en la cultura política de los sectores populares, que trastocó las modalidades de participación, los mecanismos de representación y los dispositivos de legitimación de un orden político.

Por diversas cuestiones, que se tratan en los capítulos que siguen, no pudieron estabilizarse los frentes, de tal manera que el espacio kirchnerista creció a partir de la incorporación de organizaciones que fueron apropiándose de maneras diversas de la identidad kirchnerista, elaborando un trabajo de síntesis con sus tradiciones previas. Consecuentemente, no sería preciso atribuirle un estatuto homogéneo al espacio *K*, sino que por el contrario se ha caracterizado por una pluralidad irreductible. Precisamente en este sentido las organizaciones utilizan en sus actos y movilizaciones aquella frase que da título a este libro "vamos las bandas", de la célebre banda de rock Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota, para expresar su pertenencia al kirchnerismo al mismo tiempo que su persistente singularidad.

VAMOS LAS BANDAS. ORGANIZACIONES Y MILITANCIA K

El espacio militante kirchnerista ha sido sumamente dinámico desde su constitución. Por un lado, ha incorporado a nuevas generaciones a la política a partir de la recuperación de una mística militante de compromiso político con base en ciertos acontecimientos disruptivos respecto del pasado reciente, que promovieron la participación frente a la apatía política de los noventa. Por otro, ha instaurado un nuevo sentido común, reformulando los principales ejes de debate en la cultura política posterior a la recuperación de la democracia.

Hay dos grandes ejes a partir de los cuales pensar la consolidación de este espacio: 1) los acontecimientos que han incrementado la participación política, que pueden haber derivado o bien en el surgimiento de nuevas organizaciones o bien en el crecimiento de las ya existentes; 2) las relaciones al interior del espacio kirchnerista, delineadas según espacios de negociación y ejes de convergencia inestables, que alternaron relaciones de cooperación y competencia entre las organizaciones que lo integran.

El primero de los hitos que contribuyeron a configurar la mística que alimentó la militancia kirchnerista fue la realización de la III Cumbre de los Pueblos o *Contra Cumbre* realizada en el mes de noviembre de 2005 en la ciudad de Mar del Plata, en paralelo a la Cumbre de las Américas donde el entonces presidente de Estados Unidos, George W. Bush, propuso sin éxito el Tratado de Libre Comercio de América (ALCA). Los días previos a la Cumbre, las organizaciones, principalmente Barrios de Pie y el Movimiento Evita, realizaron talleres en los distintos barrios. Estos tenían un doble objetivo: por un lado, socializar la discusión sobre el posicionamiento argentino respecto del proyecto latinoamericano y, por otro, convocar a jóvenes y militantes territoriales a las actividades que se realizarían de modo paralelo a la Cumbre.

Durante el último día de la Cumbre, donde fue rechazado el acuerdo, se realizó una marcha que recorrió la ciudad y desembocó en el predio donde se llevó a cabo el acto de cierre. En éste hablaron varios dirigentes de los frentes kirchneristas, cerrando el acto el presidente venezolano Hugo Chávez Frías. En cuanto a la militancia, este acontecimiento activó una discusión ideológica de fondo, que actualizaba el binomio "patria-imperio", plasmado en consignas tales como "patria sí, colonia no", "ALCA... RAJO", etc. Luego de recobrar protagonismo en la Cumbre, las organizaciones no sólo se posicionaron en la escena nacional sino que empezaron un crecimiento significativo. Contemporáneamente, el Movimiento Evita y Barrios de Pie impulsaron dos estrategias con las que pretendían aglutinar a otras organizaciones. A diferencia de la estrategia movimentista de integración heterónoma del Evita, Barrios de Pie tuvo una de tipo tendencista en la medida en que planteó una inclusión crítica dentro del kirchnerismo, atenta a los vínculos que éste mantenía con el aparato del PJ (Pérez y Natalucci, 2010). Pese a esta diferencia, con la constitución de sus movimientos ambos intentaban aglutinar al kirchnerismo militante: el Evita a las organizaciones peronistas y Barrios de Pie a las de izquierda nacional.

Este hito coincidió a su vez con un hecho clave para que sectores hasta entonces reticentes a incorporarse al kirchnerismo despejaran sus dudas. Para las elecciones legislativas de 2005, Néstor Kirchner decidió enfrentarse a Eduardo Duhalde en el propio territorio bonaerense, disputando desde el gobierno el control del aparato político más poderoso del país y, consecuentemente, desafiando el poder del caudillo que lo había consagrado como presidente. De esta manera,

para las legislativas de octubre, se enfrentaron Hilda Duhalde y Cristina Fernández de Kirchner, por el Frente Justicialista y el Frente para la Victoria respectivamente, con un triunfo aplastante de esta última por el 45,77% de votos. Esta decisión de enfrentar a Duhalde fue leída con beneplácito por las organizaciones, que la interpretaron como la decisión del presidente de avanzar con reformas profundas en la distribución de la riqueza y, sobre todo, del poder político en Argentina al enfrentar la estructura territorial del PJ a la que asociaban con prácticas políticas clientelares y patrimonialistas.

El segundo momento de expansión militante de las organizaciones kirchneristas se produjo con el conflicto desatado con las patronales agropecuarias a partir de la resolución 125/08 que disponía ajustes en el tipo de tasas a las exportaciones del sector. El 25 de marzo, familiares y apologistas de los acusados y responsables de delitos de lesa humanidad, aprovechando el clima de descontento político, convocaron a un cacerolazo en la Plaza de Mayo para pedir la renuncia de la presidenta. Ni bien se conoció la noticia, militantes kirchneristas se movilizaron hasta el lugar para expresar su apoyo, recién entrada la noche las organizaciones convocaron a sostener al gobierno y desalojar la Plaza. Esto da cuenta de un doble proceso, por un lado de una consolidada militancia kirchnerista capaz de movilizarse rápidamente en defensa de lo que consideraban *el gobierno popular*. Por otro, de su capacidad de instalar en la agenda pública un antagonismo entre las fuerzas populares cuya representación se arrogaban, frente a un bloque de poder oligárquico que con otros ropajes retornaba con el endémico afán de frustrar las transformaciones por ellos esperadas. En esta coyuntura crítica para el kirchnerismo, algunas organizaciones ampliaron sus bases de representación (como el Movimiento Evita),[1] se fundaron otras (Carta Abierta) y se engrosaron las recientemente constituidas (La Cámpora).

La constitución del colectivo de intelectuales y artistas denominado Carta Abierta en el marco del conflicto reviste particular importancia en la medida en que se ha ido consolidando como una usina de producción de un discurso de legitimación de las acciones de gobierno,

1. El Movimiento Libres del Sur tuvo una actitud prescindente en este conflicto. Por un lado, acordaba con la disposición de las retenciones móviles; sin embargo, por otro, como consecuencia de la reorganización del PJ, que por ese entonces llevaba adelante Kirchner, dicho Movimiento había decidido su alejamiento del kirchnerismo, que hizo explicito una vez cerrado el conflicto.

interpelando a otros intelectuales, periodistas y dirigentes sociales y, en algunas oportunidades, destinando críticas al propio gobierno. La clave de la intervención de Carta Abierta radica en un complejo dispositivo enunciativo a través del cual el colectivo reactualiza la tradición nacional popular, ofreciendo marcos interpretativos para la acción tanto del gobierno como de sus organizaciones afines.

El diagnóstico del conflicto por parte de Carta Abierta se sustenta en una interpretación de la crisis de 2001 según la cual dicho fenómeno constituyó una fisura en el sistema general de representación, que excede a la representación político-institucional y afecta a las relaciones amplias entre símbolos, relatos y acciones en las que se sustenta la legitimidad del orden social. El estallido de las ideologías y las tradiciones abre el campo para una nueva derecha que abandona la literalidad de sus intereses para apropiarse de los lenguajes y repertorios de acción de la movilización. Una de las posibles consecuencias de esta suerte de disponibilidad de símbolos, en un contexto de fragilidad extrema de la representación y debilidad de las instituciones políticas tradicionales, es la rearticulación reaccionaria y autoritaria de tradiciones que previamente habían expresado la lucha popular. En este contexto de fragmentación del sujeto y los imaginarios populares, los medios de comunicación de masas fungen, desde la perspectiva de Carta Abierta, como constructores de un simulacro de soberanía instalando la "barbarie" de una comunidad, transparente en su representación mediática, como opinión pública sin conflictos ni espacio para la reflexión crítica. Es en ese escenario de fisura en las representaciones y debilidad institucional en el que los *media* despliegan sus capacidades performativas, donde el colectivo identifica la formación de una nueva derecha que se constituye en el antagonista excluyente de los intereses populares. La novedad de la derecha *agromediática* consiste en su capacidad de mímesis con los lenguajes y las prácticas de la movilización que condujo a la crisis del modelo excluyente y delegativo de la década pasada. Es así que la nueva derecha queda definida, fundamentalmente, por su capacidad de rearticular los discursos de la movilización y las tradiciones en disponibilidad mediante un discurso moralista y antipolítico. La retórica republicana con la que se revisten los cuestionamientos al gobierno se interpreta como una operación de supresión de la política como conflicto de intereses en función de la restauración del imaginario de la nación agroganadera, antiestatista y excluyente.

El gobierno, por su parte, aparece en el discurso de Carta Abierta como el protagonista de un proceso frágil, inacabado y brutalmente amenazado de reparación histórica de la tradición nacional popular. La recuperación de las funciones reguladoras del estado, que reestablecerían los vínculos entre democracia y justicia social, se presenta como el *leitmotiv* de la defensa del gobierno que presenta el colectivo. Dos argumentos completan la justificación de la reivindicación del gobierno: la "mística militante" comprometida con las generaciones del pasado que se expresa en la política de derechos humanos, por un lado, y la recuperación de un "ideal latinoamericanista" visible en la política de alianzas internacionales, por el otro.

Así queda configurado el "laberinto Argentino" conformado por la confrontación abierta entre una *neoderecha agromediática* con manifiestas pretensiones restauradoras del "ajustismo" neoliberal, frente a un gobierno popular que, paradójicamente, muestra una persistente dificultad para interpelar a las bases sociales que sustenten sus políticas de reparación histórica. El gobierno encarna un incipiente "juego democrático desprolijo pero vital" que se encuentra en disputa frente al afán restaurador de la derecha *agromediática*. El planteo de este antagonismo profundo estableció la matriz de interpretación que colocó a los monopolios mediáticos, en especial al Grupo Clarín, como los grandes opositores al gobierno y consecuentemente desde esta perspectiva a los intereses populares.

La confrontación por la distribución de la riqueza se extendió a toda la sociedad. Una vez que el gobierno definió el envío al Congreso del proyecto de ley, las organizaciones kirchneristas instalaron carpas frente a la sede parlamentaria para concientizar a la ciudadanía de los pormenores del tratamiento legislativo. En ese tiempo se realizaron sucesivas manifestaciones, la mayor ocurrió el 18 de junio frente a la plaza de Mayo, con Fernández de Kirchner como única oradora. El conflicto se cerró abruptamente un mes después, el 18 de julio, cuando el Senado con el voto negativo del ex vicepresidente Julio Cobos rechazó el proyecto enviado por el Ejecutivo. Este conflicto aparejó un gran deterioro para el gobierno junto con una caída estrepitosa en su imagen que repercutió en las elecciones legislativas de 2009. Sin embargo, para el espacio militante kirchnerista el saldo fue positivo: se reforzaba la idea de que los grandes cambios respecto de la redistribución de la riqueza serían posibles mediante la movilización popular en la cual las organizaciones tenían un rol protagónico.

Luego de la derrota electoral de 2009, las organizaciones entraron en una suerte de repliegue frente a lo que parecía la recuperación definitiva del poder territorial del aparato partidario del PJ. Atenuado el protagonismo que habían tenido en el conflicto *del campo*, priorizaron la consolidación de su organización interna y construcción territorial; sólo los tratamientos legislativos de las leyes de Matrimonio Igualitario y de Servicios de Comunicación Audiovisual provocaron su reaparición temporaria en el espacio público. Empero, el último hito indiscutible de expansión militante tuvo lugar en ocasión del fallecimiento repentino del ex presidente Néstor Kirchner, esposo de la presidenta en funciones y líder del espacio kirchnerista. A las pocas horas del anuncio oficial, millares de militantes se fueron congregando en la plaza de Mayo frente a la Casa Rosada, donde fueron velados sus restos. La multitudinaria procesión que participó del funeral desbordó a las organizaciones; entre las consignas más escuchadas se encontraban "gracias Néstor" y "fuerza Cristina", la performatividad de esta última fue de tal magnitud que se transformó en el slogan de la campaña presidencial de 2011. Lo cierto es que este acontecimiento favoreció que simpatizantes del kirchnerismo, en especial jóvenes, se incorporaran a las organizaciones. Sin dudas, la organización que recibió los mayores contingentes de nuevos militantes fue La Cámpora, favorecida, además, por el agradecimiento a *los jóvenes* que de manera consternada realizó la presidenta por cadena nacional. Esta cuestión generó una militancia sumamente identificada con la figura de Cristina; de hecho, como se verá, una de las campañas de reclutamiento de la organización se denominó "Yo quiero militar para Cristina".

Hasta aquí hemos descripto una serie de acontecimientos que jalonaron el proceso político kirchnerista y, consecuentemente, influyeron en la capacidad de reclutamiento y en la estructura intra e inter organizacional de las agrupaciones y los frentes que se asumieron como sus bases militantes. Los capítulos que siguen tratan en detalle estos aspectos desde la perspectiva de cada una de las organizaciones analizadas.

LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL KIRCHNERISMO

El tratamiento que las ciencias sociales le han dado al kirchnerismo ha sido variado. Por cuestiones de relevancia, mencionaremos a continuación aquellas intervenciones que guardan alguna relación

con el interés de este libro. En principio, el kirchnerismo fue tratado como un emergente de la crisis del sistema político. Desde esta perspectiva se destacan los trabajos de Juan Carlos Torre (2005), que analiza el intento kirchnerista por fundar la *transversalidad* como modo de sortear la debilidad del sistema de partidos; Isidoro Cheresky, que da cuenta del mismo proceso en términos de la construcción de un "electorado poselectoral" (2006; 2004), y, finalmente, Hugo Quiroga (2004), quien resalta la idea de una recreación de la tradición populista y sus perjuicios para la democracia representativa al arrogarse, a través de la acción directa y plebiscitaria, la representación del pueblo. Respecto del problema del liderazgo, algunos autores (Cherny, Feierherd y Novaro, 2010; Ollier, 2005) indagaron sobre la concentración de poder en el presidente y su relación con el Partido Justicialista; mientras otros (Slipak, 2005) se ocuparon del vínculo representante-representado. Relacionado con la estructura partidaria, Lucca (2011) se ocupó de las transformaciones que sufrió el Partido Justicialista en torno a la Transversalidad y los alineamientos partidarios y sindicales.

Otro conjunto de trabajos se abocó a la indagación sobre el proceso kirchnerista tomando como clave interpretativa al populismo. Algunos se orientaron a una reflexión general sobre el fenómeno y a discutir los eventuales rasgos populistas de la experiencia kirchnerista (Follari, 2010; Rinesi, Vommaro y Muraca, 2010). Siguiendo a Laclau (2005; 1978), Biglieri (2008) y Biglieri y Perelló (2007) retomaron esa discusión en su clave ideológica, reflexionando sobre la constitución del sujeto popular en el kirchnerismo como base de un proceso de democratización que repuso un antagonismo central en la sociedad argentina. De acuerdo con este marco conceptual, aunque cuestionando la dicotomización del espacio político, Aboy Carlés propuso pensar al populismo como "una forma particular de constitución y funcionamiento de una identidad política" (2005: 129), distanciándose de este modo de aquellos autores que interpretan al kirchnerismo como una experiencia populista.

Desde una perspectiva sociopolítica, inspirada en los estudios pioneros sobre la movilización nacional y popular desarrollados por Germani (1978; 1971) y Di Tella (2003; 1986), Pérez y Natalucci (2010), Natalucci (2010; 2008), Gómez (2010; 2006), Gómez y Massetti (2009) y Pérez (2008a) orientaron sus investigaciones a reflexionar sobre los vínculos entre las transformaciones de la movilización social y las relaciones con el régimen político de gobierno. En este registro

de análisis, las trayectorias organizacionales y los repertorios de acción colectiva son considerados en relación con los procesos de institucionalización que tienen lugar como parte inescindible de cualquier proceso movimentista.

Centrados en las organizaciones, los primeros estudios encontraron como clave explicativa la "cooptación" (Borón, 2007; Battistini, 2007; Campione y Rajland, 2006; Svampa, 2005). Con ciertos matices, sea como estrategia estatal de contención de la protesta, reemplazo en el nivel colectivo de la matriz clientelar, manifestación de la debilidad de los sectores populares, o como evidencia de la capacidad "infinita" de "volver al orden" por parte del Partido Justicialista (Svampa, 2005), todos coinciden en el diagnóstico de una domesticación del poder disruptivo de los movimientos por la vía de su incorporación al aparato del estado. La utilización de aquella noción para explicar el proceso de las organizaciones ha mostrado varias deficiencias, pero fundamentalmente dos. Primera: hace un recorte del proceso "desde arriba" observando la estrategia del kirchnerismo respecto del espacio multiorganizacional considerándolo de un modo unitario; asimismo, desconoce los complejos "vínculos entre gobierno, organizaciones, procesos identitarios y definición de estrategias" (Natalucci y Schuttenberg, 2010: 8). Segunda: sobredetermina los componentes instrumentales que toda organización tiene en desmedro de los expresivos, simbólicos y de expectativas.

En torno a la relación entre las organizaciones y el estado, encontramos el trabajo pionero de Massetti (2006), en el cual señaló las transformaciones que sufrió la protesta piquetera con una clara orientación a su institucionalización. Relacionado con esto, Gómez (2006), en un interesante trabajo, se ocupó de las respuestas estatales a la movilización corriéndose de la idea de la cooptación para mostrar las tensiones que atraviesa la relación entre un ciclo contencioso y el régimen político. En trabajos más recientes, Massetti (2009) y Gómez y Massetti (2009) se concentraron en el tema de la institucionalización, considerando tres instancias: confrontación, "ongización" e incorporación de cuadros políticos y técnicos de las organizaciones a las distintas áreas del gobierno. También en esta clave se desarrollaron estudios de casos. El de Barrios de Pie ha sido sumamente abordado; Perelmiter (2010) analizó las narrativas organizacionales por las cuales se procesó el ingreso en los ámbitos estatales con las ambigüedades y tensiones propias de dicha lógica; Klachko (2009) se preguntó por la potencialidad de esa participa-

ción y su impacto en la construcción de poder obrero; y Natalucci (2009) analizó la tensión entre la autonomía/heteronomía de las organizaciones tomando nota de la reformulación de sus horizontes de expectativas.

Antes de finalizar, varios trabajos adoptaron una perspectiva comparada entre varios casos. Cortés (2010) comparó al Movimientos Evita y Barrios de Pie atendiendo a sus diferencias acerca de la concepción de conflicto subyacente en su estrategia organizacional y las modalidades en que pensaron el vínculo entre la organización, el gobierno y el estado a partir de la noción de autonomía. Schuttenberg (2011; 2009; 2008) investigó cómo las diferentes tradiciones e identidades políticas de un grupo de organizaciones (Movimiento Evita, Libres del Sur y el Movimiento de Unidad Popular) se reconfiguraron en el período post 2003 al calor del kirchnerismo.

DESDE LAS GRAMÁTICAS POLÍTICAS

Este libro continúa una línea en la que ya hemos trabajado en los últimos años (Pérez y Natalucci, 2010; 2008): el análisis de cuáles y de qué naturaleza son los vínculos entre la dinámica de un ciclo de movilización y las transformaciones del régimen político de gobierno. El enfoque principalmente se orientará a analizar las mediaciones que permiten pensar esos procesos. Para esto se presta suma atención a la discusión y reconfiguración de las organizaciones inscriptas en el espacio militante kirchnerista, analizando su proceso de emergencia y tratando de dar cuenta de los vínculos generados entre esas experiencias y la dinámica de la movilización. Complementariamente, nuestra perspectiva se detiene en el análisis de las relaciones entre los actores movilizados y las estructuras de participación, legitimación y representación que conforman lo que venimos llamando régimen político de gobierno (Nun, 1989).

Un concepto fundamental para pensar esas mediaciones es el de gramática política. Por éste entendemos un sistema de reglas de acción que ligan el tiempo y espacio de la experiencia de los sujetos, definiendo formas válidas de resolver problemas de autoridad y asignación (Giddens, 1994). En este sentido, el concepto delimita, por un lado, las pautas de interacción de los sujetos; y por otro, las combinaciones de acciones para coordinar, articular e impulsar intervenciones públicas, dirigidas a cuestionar, transformar o ratificar el orden social. En definitiva, esta noción alude a las reglas y usos que

dotan de un principio de inteligibilidad a las acciones. Atendiendo al espacio multiorganizacional se puede hablar de tres gramáticas típicas: autonomista, clasista y movimentista.

La primera se caracteriza por la centralidad otorgada a los mecanismos deliberativos, en especial por el funcionamiento asambleario y horizontal, siendo el consenso la forma de toma de decisiones. Esto no quiere decir que necesariamente todos los miembros de una organización tomen las decisiones, sino que todos están en condiciones de hacerlo. Respecto de la construcción política, se prioriza lo territorial como esfera de participación política. Esta última cuestión se encuentra intrínsecamente vinculada a su concepción de cambio social, es decir "desde abajo, en el aquí y ahora a partir de la transformación de las relaciones cotidianas" (Burkart y Vázquez, 2008: 279). Coherentemente, la estructura interna de este tipo de organizaciones no goza de una disposición jerárquica, sino que incluso reniega de la figura del "representante". Este apego territorial disminuye las posibilidades de articulación interorganizacional. Respecto del régimen político es concebido de un modo monolítico, unívoco, como un dispositivo de captura de la autonomía colectiva y subjetiva que debe ser preservada rechazando cualquier forma de representación.

La gramática clasista comparte esta visión monolítica del régimen político, al que iguala al estado, entendiendo por este al principio de la dominación de la clase capitalista. Sin embargo, su expectativa de cambio es más bien ambiciosa: prevé una revolución que reorganice las relaciones entre clases sociales, de modo tal de extinguir al capitalismo. En este sentido, se reconoce a sí misma como la vanguardia de la clase dominada a la que espera conducir. En esta dirección, cobra presencia un vínculo pedagógico (Delamata, 2004), orientado al fortalecimiento de la "conciencia clasista" a partir de discusiones de tipo ideológico-programático. La estructura interna de las organizaciones se dispone de un modo vertical donde los "ascensos" se rigen por probados méritos en las luchas partidarias. Dado que generalmente los conflictos quedan subsumidos en los de clase, las articulaciones con otras organizaciones se ven limitadas por esta supeditación a una estrategia general. Incluso los vínculos con los movimientos sociales se ven sumamente acotados ya que tienden a desconocer la pluralidad que caracteriza a aquellos. La confianza teleológica en el destino de la clase obrera restringe los márgenes de acción al momento destituyente de la política, especial para demostrar la

veracidad del programa propuesto por la organización. Al contrario de las organizaciones autonomistas, participan de la competencia electoral propia del sistema liberal democrático, en la consideración de que se trata de otro frente de lucha obrera al interior del principal aparato de dominación capitalista.

Las organizaciones de gramática movimentista conciben a la historia en dos etapas: la de resistencia –de retroceso político y económico para los sectores populares– y la ofensiva. De acuerdo con esta concepción, mientras en la primera se produce la fragmentación de los sectores y las organizaciones, en la de ofensiva se alienta la articulación con el fin de superar las posturas facciosas y alcanzar la unidad del campo popular. Esta particularidad permite explicar, aunque sea parcialmente, el crecimiento que tienen estas organizaciones en determinadas coyunturas políticas. Dado que esta gramática se constituyó en directa relación con la integración de los sectores populares al estado nacional, combina, en diversas dosis según los casos, la representación corporativa con la apelación a un lenguaje de derechos, que a su vez favorece la superación de la fragmentación y la consolidación de las articulaciones interorganizacionales. La expectativa es construir un movimiento nacional que, desbordando los límites partidarios, impulse un proyecto popular policlasista. En este esquema, las organizaciones se piensan a sí mismas como puentes entre el pueblo o los sectores populares a los que representan y el estado, al que conciben como principal agente del cambio social. No obstante, esta lógica, por su pretensión de saturar el campo de representación del pueblo, apareja el riesgo de volverse excesivamente dicotómica al punto de tensionar en demasía al espacio político, produciendo quiebres que pongan en cuestión la continuidad de la comunidad.

En el caso argentino, la gramática movimentista toma como referencia histórica al peronismo, por lo que encuentra entre sus fundamentos a la matriz estatalista de integración social. Su vínculo con la dimensión destituyente está asociado a su impronta plebiscitaria, cuando no plebeya, de la participación y la movilización públicas. Es propio de esta gramática el juego entre la integración estatal y el desafío plebeyo que Rinesi y Vommaro resumen del siguiente modo: "contiene en su seno una doble dimensión: es conflicto y orden" (2007: 460). En definitiva, la gramática movimentista se maneja en esta tensión instituyente/destituyente, precisamente porque es la movilización la condición de posibilidad para impulsar los

cambios en el orden social instituido. Como último rasgo típico de la gramática movimentista de la política cabe destacar la importancia que asume el líder en tanto representación simbólica de la unidad popular anunciada, y como artífice de la conducción del proceso político de realización de los intereses populares.

Los capítulos que componen este libro analizan el despliegue de esta gramática movimentista, sus organizaciones, lenguajes y estrategias, en un contexto fundamental de la política argentina de comienzos de siglo: la recomposición del régimen político posterior a la profunda crisis de diciembre de 2001.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

Los capítulos fueron escritos especialmente considerando un eje propuesto por los editores del libro, de modo de componer un volumen argumentativamente coherente e integrado. Dicho eje podría sintetizarse en el siguiente interrogante: ¿cómo pensar en una gramática movimentista de acción colectiva, en sus condiciones de posibilidad y en sus reparos, a la luz de las transformaciones acontecidas en la movilización social reciente? Concretamente, cada artículo retoma este planteo priorizando el análisis de las dinámicas organizativas así como los debates internos que tuvieron lugar en ese proceso; todos de diferentes maneras aluden a las modalidades de intervención en el espacio público a partir de la identificación de los principales hitos que jalonaron el proceso político kirchnerista.

El primer capítulo, escrito por Ana Natalucci, "Los movimentistas. Expectativas y desafíos del Movimiento Evita en el espacio kirchnerista (2003- 2010)" aborda la trayectoria del Movimiento Evita durante el kirchnerismo considerando dos discusiones, por un lado, lo nacional y lo popular, y el populismo a la luz de la recreación de una estrategia heterónoma de intervención política. Por otro lado, el kirchnerismo como una oportunidad identitaria que permitió que organizaciones se reconocieran en aquella entidad. En este sentido, la autora retoma el concepto de subcultura para explicar las relaciones de coordinación y articulación política. A la luz de ambas discusiones, Natalucci reconstruye las etapas que atravesó el Movimiento durante el proceso kirchnerista bajo la hipótesis de que la diferencia entre dichas etapas radicó en la manera en que el Movimiento pensó la estrategia movimentista y cómo repercutió en sus posicionamientos en el espacio kirchnerista.

El segundo capítulo "Piqueteros y funcionarios. Transformaciones de la FTV en el kirchnerismo" fue escrito por María Florencia Pagliarone. En el marco de la inquietud por la relación entre los procesos de movilización y su institucionalización en el régimen político, la autora reconstruye la trayectoria de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat atendiendo a las transformaciones en sus demandas, los repertorios de acción y las relaciones entabladas con otras organizaciones como también la creciente participación institucional, sobre todo, desde 2003. De esta manera, Pagliarone, por medio de fuentes primarias y secundarias, recrea la dinámica organizativa desde sus inicios hasta el desempeño de la FTV en la esfera estatal. Esto le permite contextualizar y analizar en profundidad las decisiones que la organización fue tomando al calor del kirchnerismo.

El capítulo siguiente, escrito por María Laura Da Silva, "Cooptados por las ideas. El Frente Transversal Nacional y Popular (2003-2011)" indaga el proceso de constitución y desarrollo político del Frente Transversal Nacional y Popular como organización política y social. La autora se retrotrae a los orígenes sindicales de sus principales dirigentes, lo cual le permite fundamentar los vínculos, y las tensiones entre el Frente y la Central de los Trabajadores de la Argentina (CTA). A su vez, el análisis que Da Silva realiza sobre la dinámica de la organización contribuye a explicar las relaciones que ésta entabló con el gobierno, así como indagar el modo en que concibió su rol de representación de los sectores populares. Este proceso es conceptualizado por la autora en términos de la institucionalización de la organización. Sin dudas, por el trabajo sobre fuentes primarias, como las entrevistas realizadas a los principales dirigentes del Frente Transversal, el capítulo contribuye a llenar un vacío que existe respecto de esta experiencia en los estudios de las organizaciones kirchneristas.

El cuarto capítulo fue escrito por Martín Armelino "*Kind of blue*. Las vicisitudes de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) durante los años kirchneristas". Éste aborda un proceso paradójico: una coyuntura proclive a los movimientos sociales y organizaciones donde, sin embargo, la CTA se ha encontrado con sumas dificultades que han puesto en riesgo su continuidad. En el marco de la discusión sobre el sindicalismo de movimiento social, Armelino reconstruye la dinámica de la CTA desde los primeros años del kirchnerismo hasta las cuestionadas elecciones internas que tuvieron lugar en

septiembre de 2010, donde quedaron esclarecidos dos alineamientos. Antes de finalizar, Armelino concluye, de manera provocadora, que la CTA ha quedado colocada en el escenario político-gremial como una central sindical más y es allí donde debe dirimir su destino.

Mauricio Schuttenberg se ocupó del capítulo correspondiente a Libres del Sur, que tituló "La trayectoria política de Libres del Sur 2003-2011. Reconfiguración identitaria, alianza y ruptura con el kirchnerismo". El autor se propone analizar lo que ocurrió "abajo", esto es, cómo las organizaciones vivenciaron el kirchnerismo y cómo se construyeron nuevos posicionamientos y rearticulaciones de componentes identitarios. El argumento central indica que la dinámica política iniciada en 2003 no implicó la ruptura, cooptación o abandono de prédicas revolucionarias, sino que se trató de un proceso de reconstrucción de las identidades, donde se puso en juego la historicidad sedimentada de la organización en un nuevo contexto. Para esto, el autor reconstruye la trayectoria de la organización recuperando la experiencia de Barrios de Pie hasta su definición como Libres del Sur. Asimismo, aborda un problema que no ha sido aún lo suficientemente tratado: el alejamiento del Movimiento del espacio kirchnerista y su apuesta por la construcción de una nueva fuerza política.

El último capítulo de Melina Vázquez y Pablo Vommaro, "*La fuerza de los jóvenes*: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora," constituye una exploración de las formas de militar y dar sentido a la participación entre los activistas de La Cámpora. Para esto, los autores realizan dos tareas. Primera: analizan el relato histórico elaborado por los activistas, marcando los hitos que explican su compromiso y militancia. Segunda: a partir del concepto de juventud indagan sobre el posicionamiento público de la agrupación y su relación con el liderazgo kirchnerista. Su propósito es mostrar la diversidad de sentidos y, fundamentalmente, cómo se ponen en juego tensiones, legados y mandatos, relevantes para entender esta forma de militancia.

Por último, hemos decidido incluir un anexo con documentos elaborados por las organizaciones durante 2004, cuando aún orientaban sus esfuerzos por construir un gran espacio militante kirchnerista. Muchos de esos documentos, "La Hora de los Pueblos", de junio de 2004; "Por la recuperación del Trabajo y la Justicia Social. Fuerza Cro. Presidente Néstor Kirchner!!!", de julio de 2004, la "Declaración Política del Frente de Organizaciones Populares" de septiembre de

2004 y "Diez puntos para la unidad de las fuerzas populares", de diciembre de 2004 son citados de modo recurrente en cada uno de los capítulos. La publicación ordenada y completa de estos documentos urgentes y constitutivos del espacio militante kirchnerista nos parece un aporte destacable para el estudio de las organizaciones que aquí nos proponemos analizar.

Hace ya casi dos décadas que venimos trabajando el tema de la movilización política y la protesta social en el marco de nuestras tareas académicas en el Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPSAC), radicado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. En estos años hemos realizado aportes estadísticos al estudio de las transformaciones de la protesta social y análisis sociopolíticos sistemáticos de la evolución de las organizaciones piqueteras, que se reflejan en estas páginas. El impacto del proceso político kirchnerista sobre el variopinto escenario de las organizaciones populares en el horizonte de la crisis nos ha estimulado para emprender este proyecto.

Queremos agradecer especialmente a las autoridades y trabajadores del Instituto. Por supuesto, un reconocimiento especial a Federico Schuster, director del GEPSAC, que nos ha alentado y estimulado con sus intervenciones en los habituales debates sobre los temas que aquí se tratan. A lo largo de este trayecto nos hemos contactado con otros investigadores con quienes compartimos inquietudes cuando este tema recién interesaba a la sociología política. Asimismo, con varios autores hemos trabajado en el GEPSAC. Nuestro agradecimiento a ellos, que aceptaron el convite de escribir sobre una organización K, asumiendo el riesgo que para cualquier investigador significa tratar un tema sin respaldo bibliográfico previo con el cual discutir o coincidir. Por último, expresar nuestro agradecimiento y el de todos los autores a los dirigentes y militantes que dispusieron de su tiempo para contarnos sus actividades, organizaciones y experiencias.

Muchos han escrito sobre el kirchnerismo: intelectuales, militantes, dirigentes políticos, funcionarios, ex funcionarios y, sobre todo, periodistas. Estamos convencidos de que la academia aún tiene pendientes aportes sistemáticos para la comprensión de ese complejo proceso político que irritó y trastocó el campo intelectual de un modo inédito desde la recuperación de la democracia a esta parte. Esperamos que este libro constituya un aporte pionero a este desafío, especialmente el referido al de las organizaciones kirchneristas.

Como advertencia final, queda por señalar que debido a la evidente complejidad del espacio kirchnerista los casos aquí analizados no agotan todo lo que pueda decirse de dicha experiencia. Pero creemos que este libro constituye un intento sistemático por dar algunas respuestas a cómo los procesos de movilización reciente se procesaron políticamente en un contexto democrático.

Los movimentistas. Expectativas y desafíos del Movimiento Evita en el espacio kirchnerista (2003-2010)[1]

ANA NATALUCCI

En la trayectoria del Movimiento Evita pueden identificarse cuatro etapas de acuerdo a las discusiones en torno a las modalidades de construcción política y sus vínculos con el régimen político. La primera, desde su surgimiento como Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita (MTD Evita) en 2002, hasta mayo de 2003, donde preponderó el trabajo territorial, combinado con la oposición al gobierno y de boicot electoral; una segunda, extendida entre junio de ese mismo año hasta mediados de 2005, donde el MTD se propuso la constitución de un movimiento social kirchnerista, por lo que priorizó la generación de espacios de coordinación política con otras organizaciones; la tercera –desde mayo de 2005 hasta principios de 2008– se abrió con la conformación del Movimiento Evita una vez que se hizo evidente que las diferencias entre organizaciones imposibilitarían la consolidación de un único espacio social *K*; la última, comprendida desde principios de 2008 hasta octubre de 2010, entre el conflicto por las retenciones móviles a las exportaciones agropecuarias hasta el fallecimiento de Néstor Kirchner, de reacomodamiento al interior del

1. Este capítulo es parte de los resultados de una investigación mayor que llevo adelante sobre el impacto de las organizaciones populares en el régimen político argentino (2002-2011), en el marco de mi beca de posdoctorado de CONICET radicada en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA).